

verdadero triunfo alcanzado, auguramos que se dará mañana siendo numerosas así las comuniones particulares que se distribuirán, como la concurrencia á la general anunciada, y que resultará insuficiente, por la tarde, la espaciosidad del templo para cobijar á la muchedumbre de oyentes, según ha sido el lleno de estos días, en nada obstante la copiosa lluvia.

Sólo, quizá para acreditar que nunca lo humano es perfecto, han tenido que notar la deficiencia de costumbre en la parte musical; pero abrigamos fundada esperanza de que con la próxima venida del Rdo. Guillamet mejorará desde luego; y á la verdad lo requiere, pues apenas los malos tratos que esos días se han hecho pasar á composiciones tan características como los antiguos y preciosos *lamentos* del maestro Favorit, que lo fué de la parroquial de esta villa, bellísima composición, que se afirma haber concebido en sueños su inspirado autor, el cual demostró estar muy despierto al escribirla.

LOS BANDIDOS DE BENEVENTO

(EPISODIO DE LA VIDA DE LEÓN XIII)

I

Dormía tranquilamente Benevento, acariciada por las suaves auras de sus bosques y arrullada por los sordos mugidos de sus ríos. Cubrían el cielo densas nubes de formas caprichosas que, impelidas por el viento, ya ocultaban la luna formándola tupido velo, ya la dejaban aparecer tras cárdeno cerco, iluminando entonces con tinte melancólico el obelisco egipcio, las ruinas del anfiteatro, por cuyas rotas arcadas veíanse brillar la arena, el arco famoso de Trajano, las ruinosas murallas más lejos, y allá en lontananza la negruzca masa de viejísimo castillo, cuyos sillares tapizaba el musgo y en cuyas torres se albergaban los buhos y las lechuzas.

De las ventanas del castillo salían torrentes de luz que iluminaban vivamente las rocas sobre que aquél se sentaba, y los mil confusos ruidos del chocar de la vajilla y la báquica algazara rompían el silencio majestuoso de la noche, denunciando una orgía celebrada en el castillo.

A la luz de la luna podía verse un jinete embozado hasta los ojos, trepando presuroso por los vericuetos que llevaban al castillo. Cuando llegó junto al foso oyóse un silbido asaz extraño, seguido del tétrico graznar de una lechuza. Un momento después chirriaron las cadenas en sus poleas, oyóse el aleteo de un buho que huía espantado, y cayó un momento el puente levadizo para dar paso al jinete y alzarse en seguida. Ya dentro del castillo, echó pie á tierra el embozado, botó las riendas al primero que le salió al encuentro, y mudo el ademán y torvo el gesto, echóse á andar hacia donde se oía la algazara.